





*El llanto del trigo*

La propiedad intelectual de este material se rige por el Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril (BOE, de 22/04/1996), que lo protege de cualquier forma de reproducción, copia o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, sin el permiso previo y por escrito del editor. El precio que usted paga por este título, además de retribuir el trabajo intelectual del autor, nos ayudará a mantener un proyecto en el que colaboran jóvenes creadores e investigadores.

© Luis Miguel de Dios

Prólogo: Juan Cruz

Fotografía de la portada: Ignacio López de Dios

ISBN: 978-84-16178-61-2

Depósito legal: DL VA 553-2016

© Agilice Digital S. L. Valladolid

*El llanto del trigo*  
Luis Miguel de Dios



Agilice Digital S. L.  
Autores contemporáneos  
2016



## ÍNDICE

Prólogo	9
De muerte natural	13
Memoria de los sentidos	27
Un héroe	39
Balada del Nuevo Mundo	51
El entierro	63
Elegía de Quijotinín	87
La niña que pidió a los Reyes un majuelo	97
El once ideal	109
Ni sé “pa” qué nació una	113
Menos mal	123
La virgen de la lumbre	129
El coleccionista de milagros	133



## EL COLECCIONISTA DE MILAGROS

He perdido la cuenta de las veces que he hecho el Camino. En realidad, no hago otra cosa desde hace siglos. He sido peregrino desde que la noticia se conoció en la Europa asolada por guerras, pestes y miserias y he viajado desde la Inglaterra feudal, desde la Constantinopla bizantina, desde la Jerusalén sarracena, desde la Roma vaticana y desde la Francia revolucionaria. También, claro, desde Valencia, Castilla y León o Andalucía. Mientras veía brotar las yemas de un manzano, me cercaron rumores incrédulos sobre la llegada de Colón a las Indias; cuando me refrescaba en una pequeña antana supe del desenlace de Waterloo, y una noche estival de sofoco y tábanos asistí a una discusión sobre la imposibilidad de que el hombre hubiese pisado la luna. Me he llamado Gaston, Richard, Ahmed, Saulo, Hernando, Amadeus, pero nunca Jacobo ni Santiago,

me parecía demasiado arrogante. He caminado descalzo; he dormido en hospederías, monasterios, cabañas y al raso, jamás en mansiones blasonadas; he pasado hambre y sed y me he saciado hasta cruzar la línea roja de los inmisericordes retortijones; he robado (poco y por necesidad) y he sido asaltado; he tocado el cielo y me he rebozado en los infiernos; he hablado y trabado amistad con poderosos y desheredados, con vividores e ingenuos, con rufianes y caballeros, con prostitutas y vírgenes, con sabios y brutos, con felones y leales, con monjes hurgamandiles y demonios honrados. En todos he visto dignidad e ignominia, arrojo y pánico, gratitud y rencor, humildad y soberbia, felicidad y llanto; incluso conocí a un lombardo capaz de revivir el futuro y mantener intacta la esperanza en el pasado. Y todos, valientes y cobardes, honorables y viles, atesoraban la ilusión del milagro; miraban cúpulas y arbotantes, frondas y secarrales, tesos y hondonadas, con la secreta convicción de que un ángel, María en sus numerosas advocaciones, Jesús o Dios en cualquiera de sus formas iba a aparecer en sus vidas para señalarles un camino, el Camino, su Camino. No les bastaban los prodigios, ya firmes y públicos, de Redecilla, Carrión de los Condes o Ponferrada; no, anhelaban su propio roce con lo sobrenatural y, si no se producía, acumulaban una decepción infinita en unos ojos secos por el ansia. Algunos llegaron a renegar del Camino. Dejaron de andar y se olvidaron de buscar. Pasaron de

la sublimación al repudio. Uno encabezó una cuadrilla de bandoleros que aterrorizó los Montes de Oca; otro asaltó y asesinó a peregrinos extraviados en las quebradas de Foncebadón y un teutón, rubicundo y fornido, acabó su andadura como matón en un burdel de Tierra de Campos. Supe de estas y otras atrocidades al poco de iniciar la tarea que me impuse tras escuchar una noche de vendimia y llanto la virulenta discusión entre un hombre al que la Virgen Blanca de Villalcázar de Sirga no había curado su ceguera y una mujer a la que San Juan de Ortega había concedido un hijo varón tras siete niñas. Ambos habían rezado con la misma fe; los dos argumentaban con idéntica vehemencia. Llevaban casados más de tres lustros. Aspiraban a remediar otras dolencias y carencias conforme se aproximaran a Compostela. Hasta aquella noche. Él desistió; ella prefirió seguir. Tras asistir, silencioso e inquieto, a su descarnado intercambio de convicciones, opté por coleccionar milagros nuevos. Admití los que narran las Cantigas de Alfonso X el Sabio y los que cuentan párrocos y cicerones en las visitas a monumentos. Tracé una raya divisoria. Aquellos habían sucedido, de acuerdo, pero ¿seguían ocurriendo? Durante meses, mis pesquisas resultaron infructuosas. Los milagros parecían haberse agotado en la Edad Media. Nadie supo darme razón de curaciones recientes ni de otras maravillas sobrenaturales. El desánimo estaba a punto de derrotarme cuando un oscurecer de febrero

hallé refugio en la única casa con luz de una aldea de la llanura. Nevaba. Rendido por el frío y el cansancio, casi ni advertí la sorna de la señora, de edad indefinida, que me preguntó por mi colección de milagros. Antes de que pudiera reaccionar, ya había puesto sobre la mesa una cazuela de sopas de ajo y un plato de conejo con pisto. Me mandó comer. Obedecí con gula. Al acabar me condujo al exterior. Escarbó en la tierra blanca hasta dar con unos tallos. “Son ajos; los sembré en noviembre; de ellos, moribundos ahora, saldrá una sopa como la que has tomado”. Me hizo fijar la vista en otra pequeña parcela. “Viéndola así parece mentira que dentro de unos meses esté cuajada de pimientos, tomates, cebollas, calabacines, ¿te gustó el pisto?”. No esperó mi respuesta. Señaló la amplitud del páramo para decir: “Parece muerto para siempre, pero en primavera verdecerá, espigará y será un tapiz de trigo o cebada. Y en sus lindes brotarán amapolas, mielgas, agamarzas y lecheriegas con las que podré alimentar mis conejos sin gastar pienso. Ahora te pondré de postre un flan de huevo y te explicaré cómo logro que sobrevivan mis gallinas con este frío y esta escasez. Mañana sigue tu Camino; encontrarás muchos milagros similares en estas tierras que parecen dejadas de la mano de Dios; búscalos en casas como la mía”.